

## JOÃO, OTRO CRISTO

João estaba enfermo.  
Como un árbol frondoso  
que misteriosamente  
un mal sutil, sin nombre,  
se entró por las raíces  
y secaba sus ramas.

También su lejanísima  
tierra mozambiqueña  
tiene enferma la sangre  
tiene calor de llamas  
se calcinan sus muertos  
y tienen sed los vivos.  
Nuestro João enfermó  
quizá de sintonía.

João tenía, sí,  
muy débil su latido.  
No veía ni hablaba.  
Parecía, ya inmóvil,  
una estatua de ébano.

Todos, todos veníamos  
repletos de vivencias,  
repletos de ternura,  
a cobijarnos mansos  
junto a su doble sombra:  
que era oscura su piel  
y era techo benéfico  
su presencia tan santa.

Un día soleado,  
-como esos todo luz  
de su tierra azul-verde-  
en vez de irse muriendo  
abrió otra vez los ojos.  
percibió dimensiones  
y el espacio del aire.  
De nuevo apretó fuerte

su recia mano amiga  
y comenzó a hablar.  
Y sus palabras eran,  
-con sonidos más hondos-  
más densas y amorosas,  
más de allá que de aquí.

Su yacente escultura  
también se levantó.  
Y al otro día anduvo  
y quiso hasta comer  
junto a todos vosotros  
sentados a la mesa.

¡Oh banquete pascual!  
Sin palabras os dijo  
que, siempre, os amarais  
los unos a los otros  
como él os quería  
¡como el Padre, a él!

(¡Oh; aquel Cristo negro  
de tu cama cercano  
al que tú sin querer  
tanto te parecías!)  
-una arrancada hoja  
de portada de Domund  
cogida en la Parroquia  
Pancracial de Forcada-

Pasaron días, noches,  
y vino Monseñor,  
-nuestro buen Maximino-  
traído por el Espíritu  
siempre tan puntual.  
Lo mismo Juan Miguel  
Enrique y los Damianos.

En el río del tiempo,  
João languidecía.  
y llegó aquella tarde



de dulce paradoja  
-respiración difícil  
pero de hablar muy plácido-  
pasada suavemente  
con su amigo Agustín  
-su guía y su pastor-  
ese amigo que lleva  
un nombre de africano  
(al que luego en la plática  
exequial nos diría  
que João, tan humilde,  
fue óptimo Maestro  
de Cartujas y Fiestas.)

Nuestro santo João  
se confesó otra vez.  
Oída la absolución  
dijo amén y murióse,  
llevándose -lo dijo  
antes a su Agustín-  
como regalo a Dios  
las gentes conocidas  
porque esas gentes ¡tanto  
le seguían queriendo!

Y vino Juan José  
por los aires del mar.  
Arcángel mensajero  
del Patriarca Patrón  
de la vida y la muerte.  
Entre tanto João  
sobre los blancos forros  
de la caja de muertos  
teniendo a sus pies  
envuelto en una tela  
de exótico estampado,  
vestido a su país  
y con los pies desnudos,  
nos parecía un rey  
de muy lejos venido  
de allá del “horizonte”  
de música silente,  
de unos tiempos sin tiempo.

En vano se intentó  
cerrar aquella caja.  
La llave no, no pudo  
cumplir su cometido  
y entreabierta quedose  
como si João quisiera  
repetir aquel día  
del yantar codo a codo.  
Y estar también presente  
corporal y palpable,  
en el banquete que hoy  
por él se celebra.  
Con cantos y silencios  
en el mismo lugar  
-brisa, pinos enhiestos,  
rumor de agua y gente-  
de “aquel” Pentecostés  
de hace cuatro años  
que le empujó a entrar  
en la Murtra florida  
como en un paraíso  
de lenguas diferentes  
pero entendibles todas  
en el común lenguaje  
de hablar en Caridad.

Terminadas las preces,  
bajando ya a la tumba  
-un pozo como herida  
en la entraña del claustro-  
tampoco permitió  
la cerrara la piedra.  
Sólo dos palos leves  
en cruz de Santa Eulalia  
posáronse suaves  
sobre el vacío oscuro  
replenado de cielo.  
(Unas leyes de hombres  
parece que prohibían  
cerrarla hasta más tarde,  
no me dicen por qué.)  
Así, João, gozoso  
desde su alta gloria,  
en el hombro apoyado

de su Santa, Santa Ana,  
rodeado el celeste  
brocal a ras del suelo  
de macetas en flor  
y teniendo a sus pies  
una caja labrada  
-por otras manos negras-  
repleta a rebosar  
de una tierra traída  
bien amorosamente  
del corazón de África.

a vosotros, amigos-  
desde aquella cercana  
cartuja medieval  
que tenía por nombre  
el mismo nombre hermoso  
de donde ahora estoy.  
Me encuentro en otro valle  
y es otra la montaña  
¡que todo el Cielo es  
un alto Montealegre!  
Os espero os espero...

Pudo ir despidiendo  
aquella multitud  
-Claraeulalias, Santiagos  
y gente, gente, gente,-  
que se le arrebujo  
bajo la capa amable  
de su ya triple sombra:  
el color de su tez,  
su cercanía buena  
aun después de muerto,  
y su muerte que es vida  
ya en la “Clara-esperanza”  
que la Virgen se vino  
a presidir la tarde  
con esta advocación.

*Alfredo Rubio de Castarlenas*

Desde su caja abierta,  
desde su abierta tumba  
fue dándonos su adiós  
diciendo sin decir  
-¡pero todos los oíamos!-  
Os espero... os espero  
a compartir el gozo  
que tengo entre mis manos  
como una flor de olor  
y de infinitos pétalos.

Venid. ¡No; no temáis,  
que yo ya estoy aquí!  
Yo, que os vine ya santo  
-un puro don de Dios